

MFN
2662

La política del desencanto

Carlos Andrés Ramírez
Estudiante de Ciencia Política y de Filosofía,
Universidad de los Andes

Pensar la política sin referirse al *rol* de los medios de comunicación, parece, hoy día, una empresa imposible. Y no se trata sólo de un encuentro superficial: ahí se reconstruyen -o deshacen- conceptos como soberanía popular, ciudadanía, utopía y la distinción entre lo público y lo privado. Algunos académicos se han percatado de la radicalidad de esa relación. El polémico filósofo francés Jean Baudrillard, por ejemplo, la ha aprovechado para declarar, sin compasión, el fin de la política proveniente de la revolución francesa. Estaríamos consumando, como lo anota Norbert Lechner, el proceso de desencantamiento constitutivo de la modernidad, hasta el punto de revertirlo contra su mismo origen, tornándolo apatía y vacío de interés en el consumo de información. La participación del pueblo en la construcción del orden social estaría siendo reemplazada por la participación de la masa en los sondeos de popularidad y en la recepción de signos cada vez más espectacularizados. Algo parece extinguirse. Y entonces viene la pregunta ¿Cuál es el destino de la política en el contexto de una irreversible *massmediatización*?

1. El simulacro

Ahora todo es simulacro. Pero ¿qué es el simulacro? ¿Acaso una apariencia que oculta lo real? No, Baudrillard, basándose en la crítica de Nietzsche a

la metafísica, resumida en el pasaje *De cómo el mundo verdadero se convirtió en fábula*¹, asume, sin titubeos, la disolución de cualquier referente para los signos. Lo real es una ilusión. En las condiciones de un imperialismo *mass-mediático*, cuando todo ocurre como imagen, no queda detrás, a manera de segura realidad, un sustrato para lo que se muestra. Es la hora de la *simulación*, la cual, “no corresponde a un territorio, una referencia, a una sustancia, sino que es la generación, por los modelos, de algo real sin origen ni realidad”². Oponiéndose a la noción de re-presentación, donde se conserva la distinción entre lo original y la copia, entre lo real y su concepto, en la simulación se trata de “una suplantación de lo real por los signos de lo real”³. La imagen se basta a sí misma, es causa sui y fuera de ella, de sus secuencias a todo color -intercambiables, absolutamente dúctiles-, no queda nada. Lo real es volatilizado y lo mismo sucede con lo imaginario. No hay forma de saber si lo que se ha visto es una invención o un hecho, pues simplemente ocurre, más allá de esas distinciones, en los constituyentes aparatajes tecnoculturales; es la *hiperrealidad*.

La hiperrealidad es el resultado de una historia de la imagen con cuatro fases en las cuales “-es el reflejo de una realidad profunda -enmascara y desnaturaliza una realidad profunda -enmascara la ausencia de realidad profunda -no tiene nada que ver con ningún tipo de realidad, es ya su propio y puro simulacro”⁴. Según un proceso que va de los signos como copias a los signos como entidades autosubsistentes, donde, por ejemplo, la noción de ideología a manera de falsa conciencia o falsa representación, quedaría en una fase ya rebasada por los desarrollos comunicacionales, se llega a un momento en el cual sólo es o existe el incesante y espectacularizado mundo de la información.

2. La masa

El reverso de los simulacros es la masa. Como un efecto de la información, la cual no es comunicación de un contenido o sentido, sino una emulsión incesante de estímulos sin respuesta⁵, se producen las mayorías silenciosas

1 Friedrich Nietzsche. *Obras inmortales*. Tomo III. Ediciones Teorema. 1985. pp. 1190-1191.

2 Jean Baudrillard. *Cultura y simulacro*. Barcelona, Kairós, 1978. p. 82

3 *Ibid.* p. 11

4 *Ibid.* p. 18

5 *Ibid.* p. 132

cuya paradójica potencia consiste en neutralizar, con su pasividad, todo significado. La masa es un “grupo innumerable, innumerable y anónimo, cuyo poder viene de su desestructuración y de su inercia mismas”⁶. “El poder de lo neutro”.⁷

Sin verdad, razón, lenguaje, historia o vocación revolucionaria, la masa ni siquiera es el objeto de un saber. No es una agregación social que sirva de referencia a un concepto sociológico sino, por el contrario, es una “reunión en el vacío de partículas individuales, de desechos de lo social y de impulsos mediáticos”⁸. Sólo es posible tener de la masa una “noción lumpenanalítica”⁹ que la vislumbra a manera de negación de cualquier sentido. De ahí la necesidad de acercarse a ella metafóricamente y caracterizarla como “agujero negro”, “yacimento opaco”, “esfera de engullimiento potencial”, “caja negra de todos los referenciales”, imágenes bastante propicias para resaltar su -esa sí- positiva capacidad para absorber, sin retorno, los mensajes provenientes del Estado, la cultura o la historia.

La masa al ser imposible de representar, deviene excusa para la simulación. Sólo se manifiesta estadísticamente, es decir, su único modo de aparición, totalmente distinto de un mecanismo de expresión, es el sondeo. Bombardeada por encuestas, *test*, comicios o *talk-shows*, se sabe de ella a través de un cálculo de probabilidades que, reconociendo la indeterminación de lo indagado, su vacío esencial, se limita, como un ventrílocuo, a hacer circular sobre ella todos los modelos, todos los discursos.

Con la masa se invierte la primacía -o la confluencia- de lo histórico-político sobre lo cotidiano. En medio del repliegue en lo privado, propio de una modernidad exacerbada, se valora, ante todo, el embrutecimiento consumista y el deseo de espectáculo. Los objetivos emancipatorios, las finalidades históricas y, en general, toda idea de proyecto, se aniquila en provecho de una satisfacción inmóvil y narcisista propia de lo que Nietzsche llamó *últimos hombres*.

Sobra mencionar, entonces, el carácter acríptico de la masa. Si toda crítica reposa sobre la capacidad intelectual para efectuar distinciones y separar lo

6 *Ibid.* p. 146

7 *Ibid.* p. 109

8 *Ibid.* p. 111

9 *Ibid.* p. 111

conveniente de lo inconveniente, la masa, al fomentar, a la inversa, la indistinción y la mezcla sin reservas, equiparadora, de todos los signos busca, más bien, saciar su avidez de novedades y, consumir, sin dejar restos, aquello que “se dice”. Por eso, su anhelo de espectáculo, en el cual son revertidos, como en un pozo insondable, los mensajes de cualquier índole: “conservan la fascinación del medio que prefieren a la exigencia crítica del mensaje”¹⁰. Así, idolatrando el juego de los signos, anulando el sentido y sus fines, indiferente a los contenidos, abate los discursos en favor de la seducción irracional y desfundamentada de la entretención televisiva.

De tal actitud proviene, según Baudrillard, la resistencia de la masa al poder. La no absorción del sentido, la inercia *cool* y su silencio esencial, son su modo de rechazar activamente la manipulación. La pasividad trastoca, entonces, la posibilidad de movilización política, dejando al poder convertido en otro simulacro, carente de referentes.

3. El final de la política

Maquiavelo sí comprendió la irrealidad del poder. *El príncipe*, precisamente, es su tratado sobre el arte del encubrimiento y el juego de los signos. Lo primordial, entonces, radicaba en la capacidad seductora de los artificios. No obstante, la política, hacia el siglo XVIII, con el iluminismo y la revolución francesa, se *cargó* tanto de referentes como de sentido: ya no importaba el modo de aparición o presentación de la soberanía, su simbolismo, de igual modo que sus referentes y su sentido. Surgieron, por tanto, “el pueblo” y las finalidades históricas a manera de fundamentos sobre los cuales asentar el poder.

Tal presupuesto resulta liquidado en las sociedades de la información, donde se palpa “una baja tendencial de la tasa de inversión política”¹¹. Ahora, “la hiperrealidad y la simulación disuaden de todo principio y de todo fin y vuelven contra el poder mismo la disuasión que él ha utilizado tan hábilmente durante largo tiempo”¹². Cuando el orden autosubsistente y eminentemente visual del simulacro liquida todo referente, como fuente de sentido, para instaurar, más bien, una nebulosa de comunicaciones espectacularizadas, ya no queda espacio para un poder anclado en lo *real*.

10 *Ibid.* p. 141

11 *Ibid.* p. 133

12 *Ibid.* p. 51

En ese momento, el poder “no está ahí más que para ocultar que ya no hay más poder”¹³, esforzándose por producir su realidad pero alcanzando, a la postre, solo a multiplicar sus signos y, con éstos, el imperio de la simulación. De ahí, su tentativa frustrada por “impregnarlo todo de referentes, en salvar lo real, en persuadirnos de la realidad de lo social, de la gravedad de la economía y de las finalidades de la producción”¹⁴. Pretende, así, afirmar que aún tiene capacidad de control e injerencia sobre lo que ocurre y busca afanosamente una realidad, un orden de causas y efectos, sobre el cual ejercer su dominio.¹⁵

A diferencia de su fase burocrática y centralista, cuando se regodeaba en la apatía de las masas, el poder busca ahora revertir esa pasividad para seguir sobreviviendo. Un rey sin súbditos no es un rey. Por ende, ocultando su vacío esencial, se ve abocado a atraer la atención sobre su supuesta hegemonía y sus decisiones o, en su defecto, mediante el escándalo o la popularización de lo privado, a luchar por el protagonismo de sus imágenes. Cuando lo primordial es la función fática¹⁶ de mantener incesantemente el contacto entre el emisor y el receptor y no, por el contrario, la función denotativa de dar a conocer un “hecho”, dejan de tener importancia los contenidos. Entonces, sólo importa el *rating*.

En ese momento, reconociendo su impotencia, “el poder mismo acaba por desmantelarse en este espacio y deviene una simulación del poder (desconectado de sus fines y de sus objetivos, abocado a la simulación de masa)”¹⁷. Sin ser una estrategia, una relación de fuerzas o una estructura y “completamente expurgado de la dimensión política, depende, como cualquier otra mercancía, de la producción y el consumo masivo (*mass-media*,

13 *Ibid.* p. 53

14 *Ibid.* p. 51

15 Perspectivas del poder como las de Michel Foucault, a pesar de sus innovaciones, mantendrían los presupuestos sobre la *realidad del poder*. Bien lo dice Baudrillard: “¿Pero y si Foucault nos habla tan bien acerca del poder -y, no lo olvidemos, en términos realmente objetivos que cubren múltiples aspectos pero que, sin embargo, no cuestionan el punto de vista objetivo que uno tiene de ellos, y acerca de un poder que está pulverizado pero cuyo principio de realidad, sin embargo, no se pone en duda- sólo porque el poder está muerto? No meramente imposible de localizar debido a la diseminación, sino lisa y llanamente disuelto por el trastocamiento, la rescisión o simplemente convertido en hiperreal por medio de la simulación”. Citado por Arthur Kronker en “El Marx de Baudrillard”. Véase: Josep Pico (compilador). *Modernidad y postmodernidad*. Madrid, Alianza Editorial. 1988. pp. 293-319

16 Sobre lo fático y lo denotativo ver las funciones del lenguaje según Roman Jakobson.

17 Jean Baudrillard. Op.cit.

elecciones, encuestas)”¹⁸. En efecto “Todo destello político ha desaparecido, solamente queda la ficción de un universo político”.¹⁹

Sin embargo, el poder conserva algunas de sus ilusiones. Al igual que la publicidad, anhela la permeabilidad de las masas al discurso, quiere que sus mensajes sean descodificados según su sentido y es “a ese único precio que la clase política puede aún creer que habla y que es oída”²⁰, cuando, en realidad, el político “no hace sino espectáculo”. Su función es eminentemente teatral y *el pueblo* se ha convertido en público. Ahora “son el partido de fútbol o la película o *el comic* los que sirven de modelos de percepción de la esfera política. El pueblo disfruta día a día, como de un cine a domicilio, de las fluctuaciones de su propia opinión en la lectura cotidiana de los sondeos. Nada de esto compromete una responsabilidad cualquiera”²¹. Sólo se busca entretención, pero la masa nada escucha.

El error de los políticos radica en su desconocimiento de la masa. Ella es el reverso deglutidor y neutralizador de la simulación, no una agregación social crítica y activa. Precisamente por ese motivo, las mayorías silenciosas son el otro polo de aniquilación del poder. Si el primero, la hiperrealidad generalizada, lo torna un signo sin referente, éstas últimas, en segundo lugar, inhiben la reconstrucción de la referencialidad. Las masas, por su naturaleza negativa, implosiva, de puro agujero negro, “ya no pueden ser habladas, articuladas, representadas, ni, tampoco, pasar por el “estadio del espejo” político y el ciclo de las identificaciones imaginarias”²². Sencillamente no son algo representable. Son la *nada* y, de allí, la ausencia de significado social de los signos políticos.

Convertida en “modelo de simulación y referente imaginario para uso de una clase política fantasma que ya no sabe qué clase de poder ejerce sobre ella, es, al mismo tiempo la muerte, el fin de ese proceso político”²³. Si antes figuras como “la voluntad popular”, “la clase”, “la nación” o “las condiciones objetivas”, legitimaban, como referentes, los diversos discursos o, aun más, les insuflaban su vitalidad, en las actuales condiciones sólo anulan a todos

18 *Ibid.* p. 55

19 *Ibid.* p. 55

20 *Ibid.* p. 143

21 *Ibid.* p. 143

22 *Ibid.* p. 129

23 *Ibid.* p. 132

aquellos que pretenden representarlas. Y, por esta vía, "Anulan todas las ecuaciones políticas".²⁴

Para restituir las, aparentemente, surge el aparataje estadístico y electoral. El poder necesita la voz de la masa y, como ella es muda, ha de ejecutar trucos de ventrílocuo: la bola de cristal de las encuestas o los comicios son modos de superponerle unos enunciados, incrustarle una voluntad y unas preferencias o lograr, mediante su nombre, anticipar horizontes de multitud.²⁵

En semejante contexto de exceso de oferta de sentido y vacío de demanda, se juega la oposición entre el poder y la masa. Uno asedia e inviste el campo social mientras la otra, informe y residual, vacía de sentido cualquier discurso, lleva al nirvana cualquier voluntad de fundamentación. Pero ya no hay, según Baudrillard, la posibilidad de una resurrección del poder ajena a la simulación. El poder ha de contemplar su debacle mientras continúa actuando.

4. La política del desencanto

Otras propuestas matizan la pesimista radicalidad de los planteamientos de Baudrillard. La modernidad, para Norbert Lechner, es "el proceso de desencantamiento con la organización religiosa del mundo"²⁶. Si en la sociedad religiosa un principio divino, sustraído a la disposición humana, garantizaba su estabilidad y legitimaba su orden, en la sociedad moderna son los hombres mismos quienes deciden, sin pautas predeterminadas, constituir a voluntad su organización. Se trata del paso de "un orden recibido a un orden producido"²⁷. En ese contexto secularizado, "se traslada a la política la función que cumplía anteriormente la religión"²⁸ y es, entonces, en la soberanía popular, y no en el fundamento sagrado, donde reposa ahora la posibilidad de la convivencia social.

No obstante, cuando la modernización, principalmente a través de la industrialización, amenazó, en el caso de América Latina, los presupuestos teológicos de la estructura hacendaria anterior, no se arribó a una política

24 *Ibid.* p. 139

25 "Todo el país llora al ex-presidente Pastrana", "El mundo entero lamenta la muerte de Lady Di", "Los colombianos han elegido su nuevo presidente", etc.

26 Norbert Lechner, Wolfgang Schmitt, et al. *Debates sobre modernidad y postmodernidad*. Quito, Nariz del diablo, p. 36

27 *Ibid.* p. 37

28 *Ibid.* p. 37

estrictamente secular: tanto los liberalismos de finales del siglo pasado como el mismo auge político de los años sesenta, participaban de una soterrada sacralización de sus principios²⁹. Considerados estos principios como una verdad absoluta, innegociable e indudable, conservaban el dogmatismo y el fervor propios de la fe religiosa, sólo que, ahora, su origen era estrictamente humano. El mesianismo y la idea de necesidad histórica reclaman, así, nuevos sujetos y prácticas para su realización, pero conservando la idea de redención y el determinismo característicos de su divina procedencia.

Las últimas décadas, según Lechner, trajeron consigo una consumación de la secularización que, bajo el epíteto de postmodernidad, borra los restos de 'encantamiento' aún existentes. Esto se manifiesta políticamente, en primer lugar, como un "llamado al realismo"³⁰, donde, ante una visión heroica de la vida y un enfoque mesiánico del futuro, se replantea la política como arte de lo posible³¹. Antes de un futuro necesario y la tendencia a realizar, en toda su pureza, los contenidos de una utopía, se apela a la escogencia de fines en medio de contingentes, y sometidos a los recursos disponibles, procesos de negociación. De ahí, entonces, "la revalorización de las instituciones y los procedimientos, o sea, de las formas de hacer política por encima de los contenidos materiales"³². En segundo lugar, se propicia un "desvanecimiento de los afectos" que refrena la carga de exaltación afectiva implícita en el ciego y sin concesiones militancismo presente en las décadas pasadas. Ya sin una idea de verdad sublimada, se tienden a "escindir las estructuras sociales de las estructuras valorativas, motivacionales, emocionales"³³, generándose, incluso, una cierta actitud "cool e irónica". Sin grandes pasiones, "se acepta la visión liberal de la política como 'mercado': un intercambio de bienes".³⁴

Tales méritos del desencantamiento a la vez conducen a debilitar algunos presupuestos positivos, y no meramente negativos -a manera de distanciamiento y medida- de la misma modernidad. Entre éstos el Estado, considerado el

29 Norbert Lechner. "La democratización en el contexto de una cultura postmoderna". En: *Revista Foro*. No. 25. Santafé de Bogotá, Fundación Foro Nacional por Colombia, septiembre de 1994. p. 65.

30 *Ibid.* p. 66

31 *Ibid.* p. 66

32 *Ibid.* p. 67

33 *Ibid.* p. 67

34 *Ibid.* p. 67

referente por el cual los hombres se reconocen y se afirman en tanto orden colectivo, al convertirse, a través de un proceso de burocratización, en una unidad administrativa y, simultáneamente, sometido, por los imperativos del desarrollo del capitalismo, a un proceso de privatización, deja de ser la imagen de la colectividad. No representativo, sin capacidad de crear pertenencia, pierde aún más vigor en un contexto de desapasionamiento político que, convertido en apatía, reblandece las bases populares de su legitimidad.

Igualmente, la modernidad se define por la "fe en el progreso". El futuro prevalece sobre el pasado y lo nuevo se define como un valor deseable en sí mismo. Pero, en el actual clima postmoderno, "la capacidad innovadora de la sociedad se habría extendido y acelerado a tal punto que rutiniza el progreso y finalmente lo vacía de contenido"³⁵. Se trata de una crisis de proyecto, manifiesta tanto en derechas como en izquierdas, donde, cayendo en un presente continuo, se duda de la misma capacidad humana de disponer de su porvenir. Se pasaría, entonces, de la rigidez de los determinismos históricos y sus fines inexorables, a la ausencia de cualquier horizonte de sentido. Así, "el porvenir es visto más como resultado de los efectos no deseados de la acción humana que como construcción deliberada"³⁶. Así, entonces, "quedan lejanos los días en que la humanidad se sentía llamada a 'transformar el mundo'. El sentimiento de omnipotencia que reinaba en los sesenta ha cedido el lugar a un sentimiento de impotencia"³⁷.

5. El triunfo de la narrativa del espectáculo

En semejantes condiciones, aparece una democracia audiovisual donde se efectúa un desplazamiento de la categoría de pueblo. Bien lo dice Nestor García Canclini: "El desplazamiento del sustantivo *pueblo* al adjetivo *popular* y, más aun, al sustantivo abstracto *popularidad*, es una operación neutralizante, útil para controlar la 'susceptibilidad política' del pueblo. Mientras éste puede ser el lugar del tumulto y el peligro, la popularidad -adhesión a un orden, coincidencia en un sistema de valores- es medida y regulada por los sondeos de opinión"³⁸. De sujeto pasa a cifra, a residuo estadístico.

35 Norbert Lechner. "Democracia y modernidad". *Op. cit.* p. 43

36 *Ibid.*

37 *Ibid.* p. 70

38 Nestor García Canclini. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo, 1990. p. 243

Si en la etapa de industrialización de América Latina, “el populismo clásico basó su reivindicación de lo popular en la cultura del trabajo”³⁹, cuando, por un lado, en un proceso de reconversión industrial, las innovaciones tecnológicas redujeron el número de trabajadores y debilitaron el poder de los sindicatos y, por otro lado, el estancamiento y la recesión no dejaron ningún excedente para redistribuir, se da un giro hacia una cultura del espectáculo. El populismo, entonces, reapareció como un drama que permite la identificación colectiva y, así, promueve la sensación de participación colectiva.

Los medios se convierten en sustitutos de las interacciones colectivas: “la mediación política entre movimientos populares y aparatos gubernamentales o partidarios es reemplazada por esta mediación simbólica de la prensa y los programas de información, que dan el material para simular que estamos informados”⁴⁰. Esto implica ciertas exigencias, una lógica mercadotécnica y una nueva narrativa de *la realidad social*.

La lógica mercadotécnica alude al proceso de adaptar la imagen de los candidatos a lo recomendado por las encuestas pues el producto ha de acomodarse al mercado. Curioso proceso: un simulacro prueba otro simulacro, le sirve de fundamento. En pleno fin de lo político se inventa, en las estadísticas, la prueba con la cual se valida la creación de un fetiche vendible, digerible sin riesgos de intoxicación.

La nueva narrativa, por su parte, se refiere al carácter dramático de la presentación de “los sucesos”. Como afirma la escritora Rosa Beltrán: “el periodismo novelesco de hoy se ofrece como la huida de la realidad nacional que cada uno lleva dentro (...). Gracias a la influencia del cine y la literatura en el periodismo, hoy lo político se confunde con lo policíaco, lo fantástico es condición para legitimar lo real y la violencia se presenta como espectáculo”⁴¹. En lugar de la reflexión y el análisis -dudosos privilegios de los intelectuales- se enfantizan los rasgos de *thriller* y relato de suspenso de la política, convirtiéndola, ante todo, en un interminable juego de intrigas donde el

39 *Ibid.* p. 248

40 *Ibid.*

41 Rosa Beltrán. “El único ileso es el difunto”. En: *Nexos*. No. 236. México, agosto de 1997. pp. 27-35. De ahí la continua aparición de personajes, en el sentido más novelesco de la palabra: la *monita retrechera*, el *hombre del overol*, el *misterioso espía alemán* o, si se lee *El Espacio*, el *monstruo de los Andes*, responden a esa tendencia.

objetivo es nunca despejar las incógnitas, pues, obviamente, se acabaría la audiencia: "sólo como la fábula de lo grotesco la realidad parece tener algún interés. Y el riesgo de no atenerse a esta forma de presentar los hechos es que el lector, incrédulo, cierre su diario"⁴². En esa medida, el escándalo no es el efecto de una súbita oleada de moralización, es una forma más de la espectacularización del poder.

Así, como simulacro, la política incrementa su presencia cotidiana pero para omitir su real eficacia. La absoluta presencialidad mediática es el reverso de una inmediata volatilidad⁴³ y, al igual que la moda, rotan incesantemente las informaciones pero sin lograr constituir una experiencia, esto es, sin acumular un saber. Nada permanece, el olvido y la fugacidad son la ley. Únicamente resulta relevante capturar la atención. Se trata del presentismo -nuestro decadente *carpe diem*- propio de éste populismo sin pueblo.

Uno de sus efectos, es el carácter atópico de la política. Actualmente, "el uso masivo de la ciudad para la teatralización política se reduce; las medidas económicas y los pedidos de colaboración al pueblo se anuncian por televisión. Las marchas, los actos en calles y plazas, son ocasionales o no tienen mayor importancia"⁴⁴. En esa medida, se hace dudosa la existencia de un espacio público, volviéndose "problemática la presuposición de lo topográfico"⁴⁵, de un lugar propio de la opinión y la discusión colectiva. El ágora ha estallado en imágenes, ya no hay plaza. República virtual donde las pantallas, los radios y los diarios dictaminan los asuntos comunes eludiendo la presencia real de los miembros de esa supuesta vida comunitaria. La masa no solicita un lugar, no hay topos.

No casualmente se reafirma la primacía de lo privado. Vivir en una ciudad es aislar un espacio propio, recluirse en una intimidad apenas perturbada por la necesidad de transportarse, por una vía conocida, hacia el también cerrado espacio laboral. Los medios, y nuevas tecnologías como internet, fortalecen e inducen esa reclusión en lo íntimo⁴⁶. El lector de diarios o el televidente

42 *Ibid.*

43 José Ripalda de Angelis. *Filosofía, mercado y postmodernidad*. Madrid, Trotta, 1996. p. 150

44 Nestor García Canclini. *Op. cit.* p. 267

45 *Ibid.*

46 Aun cuando, a la vez, promueva nuevas formas de socialidad transnacionales y estructuradas en grupos de interés de la más diversa índole.

pueden saber qué ocurre en su entorno sin salir de su casa, desde la sala lo colectivo está a su disposición, más aséptico, mejor presentado e, incluso, algo divertido. El privatismo civil y la *massmediatización* son inseparables.

Las elecciones, ya para concluir, no son sino la condensación de tales tendencias: fabricación de imágenes vendibles, circulación inocua de todos los discursos, narración dramática de pugnas interpersonales, consagración mediática del triunfador, sensación ilusoria de participación, medición estadística de índices de popularidad y regreso al hogar para contemplar, nuevamente, los efectos del simulacro. El excesivo énfasis en lo electoral no es sino la compensación ilusoria al predominio impenetrable del sinsentido y la neutralización de todos los significados propia de la masa.